

J. de Luna

Algunos aspectos de la vida de Blasco Ibáñez como novelista

(*Cervantes*, nº 3, 1931, pp. 16-18)

El novelista es un hombre de acción que escribe. Y de ningún escritor mejor que de Blasco Ibáñez podría decirse otro tanto. Acción real y acción novelesca, mundo de la vida y mundo de la farsa, compenetrábanse mutuamente en él de tal modo, que era imposible separarlos. En nuestras largas conversaciones Blasco me decía:

—Se empeñan en que los novelistas contamos nuestra propia vida la mayor parte de las veces. ¡Qué falta de imaginación! El verdadero novelista, de un personaje de carne y hueso hace diez en la novela, y de diez modelos obtiene un carácter. Y hay también el método de condensar la acción —como yo hice en *La barraca*, que al principio era un cuento—, de tal forma que el novelista —y solo el novelista— puede diluirla en un momento dado y ello sin que el interés se pierda. Esto último es muy importante. La primera condición de la novela es el interés. Y el interés solo se logra con la riqueza imaginativa y con mucho entusiasmo.

Esto me recuerda otra anécdota que Blasco me ha referido muchas veces. Sabido es que el autor de *Cañas y barro* estaba unido por una gran amistad a Anatole France. En una ocasión, encontráronse ambos escritores en casa del editor Calmann-Lévy: «Estoy muy enfadado con Vd. —dijo M. Bergeret—, pues me han dicho que anda usted por ahí hablando mal de mí; creo que dice a quien le quiere oír que yo no soy novelista. ¡No me he de morir sin publicar un terrible artículo contra usted!». Y después de una transición, el autor de *La vie de Jeanne d'Arc* continuó: «Pues bien, eso es verdad, y además he de decirle otra cosa: usted sí que es novelista; usted tiene la facultad principal del novelista: ¡el entusiasmo!».

La confianza que en mí hubo de depositar y el haberle tratado yo como médico, me han colocado con respecto a él en una posición análoga a la que Eckermann tenía con Goethe. Para gustar del placer de oír a Blasco era preciso saber escuchar. Blasco Ibáñez hablaba constantemente. Su conversación era un eterno monólogo y pocas personas lograban despertar en él la curiosidad y el deseo de conocer algo nuevo que le incitase a preguntar y a escuchar a su vez. Uno de los temas que más le interesaban era el científico. Blasco Ibáñez tenía una confianza desproporcionada en la Ciencia (con mayúscula). En una ocasión recuerdo que estuvo escuchándome dos horas seguidas. Le había evocado al profesor Metchnikoff —gran literato y gran hombre de ciencia— y hube de despertar en él recuerdos de lecturas, mal interpretadas, pero que habían dejado en el novelista —sobre todo en los años del otoño de su vida— una sensación de

esperanza en el retorno eterno de la juventud. Sabido es que el profesor Metchnikoff se placía en establecer un paralelo entre Goethe y Fausto, entre el autor y el hijo de la ficción, que representaba para el célebre profesor todo el optimismo de una vejez tranquila que no teme a la muerte. El pobre Blasco se complacía en esa concepción de esperanza ante la sed de vida que le abrasaba. No quería morir. Y se prometía llegar a los ochenta años. ¡Cuántas veces he recordado la entrevista famosa de Balzac y su médico, el doctor Nacquart, que Arsene Houssaye publicó en *El Fígaro*, del 20 de agosto de 1883!

—¿Cuánto tiempo cree usted que podré aún vivir, doctor? —interrogó el novelista.

Difícil respuesta siempre, y más terrible aún cuando el enfermo es un gran escritor, que habla de proyectos literarios y sueña con terminar una obra comenzada.

El autor de *Arroz y tartana* me había hecho con angustia una pregunta análoga:

—Con sinceridad absoluta, dígame usted, ahora que estamos solos, ¿cree usted que lo «mío» es para pronto?

Y aquí me habló de sus proyectos literarios. Tenía que revisar la edición definitiva, en español, de su *Cristóbal Colón*; tenía que escribir *La juventud del mundo*, novela hace tiempo proyectada, cuyo argumento se complacía en contarme: la revolución en el infierno; los grandes hombres que fueron allí condenados por sus pecados llegan a ser más listos que el diablo, que se hace viejo y al que vencen, dominan y esclavizan. Tenía, en fin, que esbozar el plan de sus novelas sobre la Inquisición y sobre las cruzadas.

—Bien sabe usted cuánto le quiero —y suplicante—. ¿Podré vivir unos cuantos años?

En otra parte he dicho que, aún influido en su primera época por el ruralismo de Zola, en sus novelas que uno de sus biógrafos, Camille Pitoulet, ha denominado valencianas (*La barraca, Flor de mayo, Arroz y tartana, Cañas y barro*), Blasco Ibáñez se asemeja más, por su temperamento literario, a Balzac que al mismo Zola, a Maupassant y Alfonso Daudet, a quienes, tantas veces, se le ha comparado. Tal analogía sorprenderá quizá a quienes conozcan solo superficialmente la obra y la vida del autor de *La comedia humana*. La exuberancia desbordante de la imaginación (carácter principal del verdadero novelista), la escrupulosidad en el colorido local y la facultad «para poner un hombre en pie», según la acertada expresión que Unamuno empleó refiriéndose, precisamente, a Blasco Ibáñez, aproximan a este a Balzac. Y su mejor novela, la maravillosa novela de su vida, la única que no ha escrito, tiene una extraña analogía con la del autor de *Papá Goriot*. Mas, para trazar un paralelo entre ambas vidas literarias, es preciso dejar que el tiempo pase. Recordemos, no obstante, que Balzac fue también

tratado de «faisseur de nouvelles» y extractemos un párrafo de la curiosa vida de Honoré de Balzac, publicada por Alphonse Séche y Jules Bertau: «Ataques injustificados, procesos por plagio, hostilidad continua de los hombres de más valor de su época (principalmente de Sainte-Beuve), en fin, campaña de toda la prensa, que denigra al escritor y no teme denominar “vocabulario incoherente” al estilo de *La comedia humana*».

Esta última denominación para caracterizar el estilo de Balzac es quizá uno de los argumentos de más valor que nos permiten sostener la analogía entre Blasco Ibáñez y Balzac. En efecto, preferencias literarias aparte —séanos permitido reservar de momento las nuestras— el estilo ha sido siempre el argumento empleado por los críticos para negar o para ensalzar la obra de un escritor. Salimos, pues, al paso de una objeción que quizá está ya en los labios de algunos: Balzac, mejor estilista que Blasco Ibáñez. Y en fin de cuentas, Blasco no ha pretendido nunca ser un estilista.

Blasco tenía, además de las cualidades de novelista que hemos apuntado más arriba, la portentosa propiedad de entusiasmarse con la propia obra, de creer en sus personajes, de vivir y sufrir con ellos (como Balzac), y en fin, de olvidarlos después. «Olvidarlos —insistía— es muy importante: es preciso olvidar siempre lo que se ha creado»

La novela de Colón fue muchas veces el tema favorito de nuestras conversaciones. «Tuve un momento de desilusión —me confesaba—; creí no poder con ella. ¡Figúrese que la he rehecho tres veces! El editor americano me decía que era preciso que hubiera una intriga de amor. Imagínese Vd. la dificultad de “injertar” una intriga de amor a bordo de las carabelas de Colón. Yo hice como esos gimnastas que quieren realizar un ejercicio nuevo y difícil: me di confianza a mí mismo diciéndome: “¡Tú puedes! La cuestión es tomar aliento”. Y como el gimnasta se lanza, una y otra vez, en busca del trapecio hasta que se agarra a él desesperadamente, yo hice y rehíce capítulos, taché, borré, corregí y... ¡ya hay amor!»

Otras veces trataba de cómo se hace una novela (tema de una conferencia famosa). «Evidentemente no hay receta; no puede haberla; cada uno trabaja con su temperamento, pero lo principal es tener el “monstruo”. Cuando tiene usted el “monstruo”, está salvado. Y lo más terrible es que ha habido unos señores que se llamaban Balzac, Stendhal, Maupassant, que trabajaban así y no han dicho nada; lo primero que hacían es procurarse el “monstruo”; la novela está allí. Después cobra usted fuerzas, toma usted aliento, olvida la novela y vuelve a ella en crítico, talando, puliendo, mondando, añadiendo... ¡Ah, pero el “monstruo”, el “monstruo” hay que escribirlo sin

respirar y sin preocuparse de nada, estilo, lenguaje, nada...! ¡Y todos han trabajado así desde que existe la novela!»

Durante la gripe que lo tuvo recluido quince días de su última estancia en París, imaginó cuatro novelas. Una de ellas tenía por tema principal el amor, que al principio de la vida es la sombra del cuerpo que llevamos delante y que al caer la tarde de la vida está a nuestra espalda. Y cuando se le hablaba de amor, decía con frecuencia que los escritores que se han pasado hablando de la mujer y del amor suelen ser los que han amado menos. El hombre que verdaderamente conoce la mujer, es discreto. Para él, uno de los escritores de vida amorosa más intensa fue Victor Hugo, que raramente se ocupó en sus escritos de aventuras personales de amor. Una casa editora le rogó que escribiese una vida amorosa de Cervantes. Él protestó, diciendo que ha habido muy pocos hombres que en verdad hayan conocido el amor, el verdadero amor. Haber conocido el amor era para él poseer un privilegio como ser bello o rico o poderoso. Y jamás escribió la vida de amor de Miguel de Cervantes.

Tenía poco cariño por los escritores contemporáneos. Se salvaban pocos. En Francia, Henri Duvernois y Georges Duhamel eran sus predilectos. De los novelistas jóvenes afirmaba que eran todo lo más cuentistas, como le dijo en una ocasión al propio Panait Istrati, a quien, sin embargo, estimaba: «¡Qué quiere usted; no tiene arreglo: les falta aliento para llegar a la cumbre!»

Sus amores literarios eran los que contrajo en su juventud. Su dios, Victor Hugo. Cuando leía un artículo de los de la famosa campaña contra el autor de *Les Châtiments*, no podía contener un movimiento de cólera: «¡Son unos impotentes», gritaba. A Victor Hugo le fue fiel hasta el fin. En efecto, su última intervención en un acto público tuvo lugar en honor de Victor Hugo en el teatro del Trocadero. Su tema fue «La influencia española en la obra de Hugo».

La obra de Blasco Ibáñez será, sin duda, discutida —¿no se discute hoy la del mismo Victor Hugo, la de Zola y hasta la de Anatole France?—, pero nadie que la conozca de verdad podrá menos de proclamar, si es escritor sincero: ¡Era un novelista; todo un novelista!...